

campo después de la batalla, y se encontró al despertar rodeado de los trofeos de sus victorias.

El mariscal de Luxemburgo fué apellidado el tapicero de Nuestra Señora, por el gran número de banderas cogidas al enemigo, con que adornó la catedral de París. Pero ¿qué provecho reportaba á la debilitada Francia la gloria de sus armas? Recurrióse á los empréstitos, vendiéronse los empleos vitaliciamente, y establecióse la capitación. Sin embargo, los grandes hombres que el reinado anterior había preparado á Luis XIV desaparecieron poco á poco. De Lionne, hábil diplomático, capaz de comprender en una mirada á toda la Europa, cuya osadía dirigía la inesperienza del amo, y entreveía de lejos tanto las dificultades como los medios de vencerlas, había muerto en 1671: desde aquel momento la hábil política de Luis XIV cedió el puesto á una política apasionada. También murió Luxemburgo (1695); Luis XIV dejó de presentarse á la cabeza de sus ejércitos; las intrigas de sus queridas hacían ascender al ministerio á hombres incapaces. Sufrió la industria, con la prohibición que la Inglaterra había hecho, tanto á los nacionales como á los extranjeros, de comerciar con la Francia. Sufrió entonces los bombardeos de que había dado ejemplo: y los ingleses procuraban destruir los puertos de donde salían para darles caza centenares de osados corsarios. Llevaron una máquina infernal contra Saint-Malo; pero causó pocos estragos. Después bombardearon á Dieppe, al Havre, Calais y Dunkerque, sin que correspondiesen los efectos á sus esperanzas.

**Paz de Ryswick.**—La Inglaterra se encontraba, no obstante (1), cansada de los sacrificios á los cua-

(1) Había perdido mil doscientos barcos mercantes, valuados en treinta millones de esterlinas.

les no veía un fin razonable; por otra parte la inminente muerte del rey de España hacía desear á los soberanos que pretendían la sucesión, un momento de descanso para prepararse á invadirla en total ó en parte. Recurrió de nuevo Luis XIV á sus artificios, y procuró disolver la liga separando de ella sus miembros uno á uno. Comenzó por Victor Amadeo, á quien le restituyó lo que le había tomado (1696); pidió la mano de una de sus hijas para el duque de Borgoña, y dispensáronse honores reales á sus embajadores. Secretas prácticas puestas en acción con los demás aliados produjeron en fin el congreso de Ryswick, en Holanda (20 setiembre 1697), donde se firmó la paz entre Inglaterra, España, los Estados Generales y la Francia.

Las condiciones fueron moderadas. La España recobró las plazas que había perdido en Cataluña, en los Países-Bajos, y además algunas de las que habían sido declaradas *reunidas*; la Inglaterra y la Francia abandonaron recíprocamente sus conquistas, y Luis XIV reconoció como rey á Guillermo, su mayor enemigo, sin ocuparse más de Jacobo II; la Holanda devolvió Pondichery á la compañía francesa de las Indias. Con respecto al Imperio, Luis XIV se aseguró la posesión de Estrasburgo, Kelh, Philipsburgo y Brisack, renunciando á los países reunidos. Con respecto á los derechos de la duquesa de Orleans, Roma los compró en 300,000 escudos.

Este tratado no restablecía los de Nimega, Westfalia y los Pirineos; pero tuvo por efecto asegurar la independencia de los Estados, cuyo peligro habían causado tres guerras, y hacer comprender mejor la necesidad del equilibrio. En su consecuencia, la Inglaterra se propuso desde entonces dirigir contra la Francia la política del continente.

## CAPÍTULO VII

### EL REY, LA CORTE Y LA SOCIEDAD.

En la época á que hemos llegado ya, los hechos nos han dado á conocer muy bastante á Luis XIV, de quien es muy difícil apreciar exactamente los méritos, considerando que ha sido alabado y vituperado sin límites. Siendo de mediano ingenio, su educación había sido tan desatendida, que apenas comprendía el latín del rezo. Bueno en el fondo, no se menciona de él ninguna venganza personal, y constantemente economizó las ejecuciones. Lleno de gracia y dignidad, de gravedad y política, eminentemente despótico, pero sólo por instinto y sin violencia ni perversidad, no fué ni valiente capitán, ni profundo político, y sí en realidad un gran rey poseedor de las cualidades más perfectas para deslumbrar, es decir, cualidades medianas; conociendo sin embargo todos los artificios propios para dar realce á las buenas y paliar las malas.

Richelieu y Mazarino habían dispuesto de tal manera su reinado y el sistema que había de seguir, que si hasta entonces había sido necesario que para que un rey fuese grande se elevara sobre sus contemporáneos, bastó á Luis XIV no hacerse superior á ellos. Halló en el exterior la Alemania fraccionada, el Austria decaída en cuanto á sus pretensiones á la soberanía, la Inglaterra entregada á las guerras civiles, la España en decadencia, la Holanda agitada y la Italia despedazada. A la Francia se le había dirigido hácia la unidad del territorio y jurisdicción; el feudalismo, que la había destrozado en los reinados precedentes, y los calvinistas que aspiraban á hacer de ella una república federativa, se encontraban abatidos; los privilegios de la nobleza, del clero y de las municipalidades servían para protestar contra el despotismo, pero no para impedirle. Luis XIV pudo, sin embargo, dedicarse á gobernar su Estado, y hacer de

la Francia una monarquía absoluta, que por su unidad llegó á ser el centro de la Europa.

Desgraciadamente se hizo brillar á sus ojos la gloria del conquistador como la más hermosa de todas; y una primera guerra injusta contra los holandeses, á quienes aborrecía como á herejes, como á mercaderes y como á republicanos, le arrastró á una serie de otras varias que le colmaron de gloria y le acarrearón un torrente de maldiciones. Parece que no le fué posible aspirar seriamente á la monarquía universal, luego que las naciones se hallaban consolidadas, y la cristiandad dividida en dos campos rivales. Por esto un rey para quien las armas no eran sino una ocasión de pompa, lo podía menos que otro cualquiera. Pero los frívolos pretextos que adujo más adelante para violar la paz, su desprecio á los tratados y derechos de otros, y las alabanzas que sus aduladores prodigaban á las acciones que eran menos dignas de ellas, sublevaron contra él las animosidades del miedo. Los príncipes del Imperio, fieles después y apegados á la garantía de su libertad, volvieron contra él aquella balanza política inventada para poner un freno á la ambición del Austria. Las potencias marítimas, á quienes la preponderancia absoluta sobre los mares les llegó á hacer árbritras de la Europa, marchitaron sus laureles, y lo que parecía resultado de ardientes y frívolas rencillas, llegó á ser una lucha de principios.

El mismo nos instruye de cuanto hay que pensar acerca de su política y de su fidelidad en los tratados, *en sus instrucciones al delfín*. «Aquí tocaré, hijo mío, un extremo quizá más delicado que otro alguno, en la conducta de los príncipes. Me hallo distante de quereros enseñar la infidelidad, pero hay que hacer algunas distinciones en estas materias. «El estado de las dos coronas de Francia

y España es tal en el día y de mucho tiempo acá en el mundo, que no se puede ensalzar al uno sin abatir al otro, sin tener nada que temer por este motivo. Esto constituye entre ellas una envidia que si me atreviese á decirlo es esencial, y una especie de enemistad permanente que los tratados pueden cubrir; pero que nunca sabrán extinguir, porque el fundamento existe siempre, y una de ellas trabajando en contra de la otra, no cree dañar á su enemiga sino conservarse á sí propia; deber tan natural que es superior á los demás. Y para hablar con franqueza, jamás se lleva á cabo ningun tratado sin esta intencion... Por esto se puede decir, que dispensándose igualmente de observar á la letra los acuerdos, no se contraviene á ellos en sentido riguroso; y si bien están estendidos en aquellos términos, es porque no pueden usarse otros; lo mismo se hace en el mundo con los cumplimientos, absolutamente necesarios para vivir unidos, y que sin embargo valen mucho menos de lo que significan. Así pues, en el tratado con España, cuanto más extraordinarias, repetidas y llenas de precauciones eran las cláusulas en que se prohibía dar auxilio á Portugal, tanto más manifestaban que no se creía que yo debiese abstenerme de hacerlo, y por eso no me he abstenido (1).

Cuando ni aliados ni enemigos pueden contar con la palabra de un príncipe, es de absoluta necesidad que las guerras se perpetúen, porque ofrecen menos peligros que las paces engañosas. Cuando la astucia faltaba se recurría á la corrupcion, que en ningun tiempo se habia manifestado tan audaz y sistemática. El y sus ministros sabian la tarifa de cada uno de los ministros de los príncipes extranjeros, de los favoritos, y de los favoritos de los favoritos; de esta manera la compra de estos venales condescendientes era la parte principal de la diplomacia. El arzobispo de Embrun escribia desde Madrid donde se hallaba de embajador: «He hecho regalos que ascienden á considerables sumas, para mantener honestas relaciones con ciertas damas de edad, que hacen pagar su conversacion con regalos para las hijas de sus hijos, á los cuales no se conoce.» (2) Groat, embajador de Holanda en Suecia, escribia á su gobierno: «El rey de Francia ha dado de una sola vez á R. K. 60,000 florines, bajo el pretexto de hacer un regalo á uno de sus hijos, de quien él era padrino; y aun cuando sea hombre de bien, no creo deba mostrarse tan partidario de la Inglaterra. Por esto es precisamente por lo que habia tomado la libertad de sugeriros el medio de agrandar á la reina, á quien en tal caso considero como un particular, cual seria mandarla construir un yacht para sus paseos de placer.» (3)

Cuando Luis XIV envió á comprar el voto del

(1) *Obras de Luis XIV*, t. I, pág. 68.

(2) Despacho del 29 de diciembre de 1664 de MIGNET.

(3) Despacho del 8 de diciembre de 1668.

elector de Brandeburgo para el Imperio, y la autorizacion de levantar diez mil hombres, Colbert escribia: «El rey ha enviado un buen regalo para la electora: una cámara entera con cama, sillas, tapices, un espejo y dos veladores de plata. Ya vereis que su majestad ha previsto la necesidad indicada por vos de hacer un presente suntuoso á esta princesa, y que no se trata de un diamante ni un collar de perlas. Por consecuencia debeis revocar la orden dada en Holanda. En cuanto á la distribucion del dinero, me remito á lo que os hará saber M. de Lionne.» (4)

Colbert escribia en otra ocasion á Lionne: «Asegura el señor de Schwerin, que las buenas palabras que me ha dado para la conclusion del tratado habian movido á su majestad á manifestarle eficazmente en qué consideracion tiene á su persona haciéndole aceptar un don de 10,000 escudos. No os repetiré los cumplidos que me ha hecho. Con un poco más de rodeo ha hecho lo mismo con el príncipe de Anhalt, que ha concluido por aceptar 12,000. En cuanto á la electora, habiéndome dado á conocer estos caballeros, que son sus partidarios, que un diamante de 10,500 escudos le seria muy agradable, he invitado al señor de Schwerin á que me presente á un platero que sirve á la casa de Brandeburgo, para que busque uno de este precio; y si se halla, cual se desea, mandaré comprarle; sino, entregaré el dinero para convertirlo en lo que agrade á la electora. Aun cuando el regalo que se me dice llegase, no podré evitarlo; porque habiéndose sabido aquí que podia disponer de una suma de 100,000 libras, hubiera producido mal efecto perdonar cosa alguna. Si el otro regalo para la electora llega, será esto un aumento de liberalidad, que unido á la veneracion que se tiene en esta corte, como en todas las de Europa, á nuestro gran monarca, puede ser útil para la conclusion del tratado, que espero enviaros prontamente.» (5)

El mismo rey escribia: «Habia dado orden á mi embajador de distribuir dinero á los principales diputados de las Provincias-Unidas, y aun á las ciudades particulares, para hacerme dueño de las deliberaciones y eleccion de sus magistrados; creyendo deber obrar de esta manera para alejar de los cargos públicos los de la faccion del príncipe de Orange, á quien suponía enteramente afectos á la voluntad del rey de Inglaterra (6)... No olvidé hacer tantear los mismos medios para adquirir los sufragios del príncipe de Anhalt y del conde de Schwerin, que tenia la principal parte en los consejos de esta corte (de Brandeburgo); lo que se hizo de tal modo, que mediante 22,000 escudos distribuidos entre ellos, me sirven después en todos los sucesos que me pueden ocurrir.» (7)

(4) Despacho de la marina, segun E. SUE, *Historia de la marina francesa*.

(5) Ap. EUGENIO SUE, I, 82.

(6) *Obras de Luis XIV*, t. II, pág. 29.

(7) *Idem*, II, 43.

Dió del mismo modo á Sidney doscientas mil libras, á fin de que fomentando entre los ingleses el partido republicano, alejase el peligro con que le amenazaba el advenimiento de Guillermo de Orange al trono. Estipendiaba á Carlos II y á Jacobo Estuardo, y existen documentos en los que se encuentran enunciados los subsidios que proporcionaba los miembros de la oposicion en el parlamento. Ultimamente se ha publicado una lista curiosa de los donativos hechos por Luis XIV, desde 1669 á 1714, con indicacion de su valor, de la persona, y á veces del objeto. En ella se encuentran cardenales, ministros, príncipes, generales, duquesas, marinos, poetas, jesuitas, ayudas de cámara y cantatrices: al nuncio del papa, mediador de la paz de Nimega, una cruz de diamantes de valor de 9,125 libras; al cardenal Ottoboni (que fué después papa con el nombre de Alejandro VIII), una hermosa caja de tabaco con adornos de brillantes, de 24,617 libras; al gran inquisidor de España, un anillo con un hermosísimo diamante rosa, de 18,510 libras.

Cuando se prepara la guerra, no hace Luis XIV menor provision de ricas joyas en las tiendas de los diamantistas, que de armas y municiones en los arsenales: eran aquéllas la vanguardia de sus tropas. En 1671, en el momento en que se disponia á marchar contra la Holanda, llovian sus alhajas en los gabinetes extranjeros. Recibió la embajadora de Saboya perlas y diamantes; el embajador una vajilla de plata; el elector de Colonia una cruz de doce brillantes; el duque de Neuburgo, 120,000 libras en piedras finas; los parientes y secretarios del elector de Maguncia, anillos y cajas para tabaco; el obispo de Munster 20,000 libras, y así otros. Durante la guerra, ricos regalos fueron hechos á cada uno de los personajes influyentes en la Inglaterra. Un retrato rodeado de diamantes de valor de 12,890 libras, y un anillo de brillantes de 36,000 al lord Arlington; una caja de tabaco de 28,000 libras al célebre Buckingham; una espada de 38,000 libras al duque de Monmouth; un bracelete de 10,000 á la condesa de Sunderland, y á su marido una tabaquera de 17,000.

Las republicas recibian donativos más modestos tal vez, pero no menos corruptores; y al lado de los Giustiniani, Contarini y Durazzo, se encuentran nombres suizos y holandeses. Al primer embajador moscovita, Potenkin, se le dió una miserable caja de tabaco de 3,000 libras, pero al mismo tiempo se le hizo tambien el regalo de unas cortinas de los Gobelinos, doce alfombras, doce vestidos de brocado de oro, y cuatro de paño escarlata, como los que usaban los turcos; al segundo embajador, una tapiceria y algunos relojes y péndolas; al rey de Siam, fusiles adornados con piedras finas (8); á los salvajes convertidos del

Canadá, medallas de oro; á un príncipe negro de Africa, una tabaquera con diamantes.

Puede formarse una idea de lo que Luis XIV gastó en sus numerosas queridas, hijos y nietos, en las comadres, nodrizas, cirujanos y camareras. No habia matrimonio ó bautizo, fuese de las familias del parlamento, ó de la de los elevados funcionarios, en el que no hubiese regalos del rey, además de todos los que recurrían á él para que pagara sus deudas ó repusiese sus casas.

Otra clase de corrupcion, á la verdad menos in-noble, era la proteccion que se concedia á los literatos y á los artistas. Así como Napoleon, y como

Los magníficos regalos eran entonces menos raros que en el día. Cuando el arresto de Fouquet se encontró una caja llena de cartas, dándole gracias por los regalos con los cuales habia triunfado de muchas virtudes. Una dama le daba gracias por una casa que habia comprado con sus liberalidades, otra por 30,000 libras que habia recibido, añadiendo que á pesar de esto no tenia perlas, una dama de honor de la reina por 50,000 escudos. Además el duque de Brancás habia recibido 600,000 libras; el de Richelieu 200,000; el marqués de Crequi 100,000; la camarera mayor de la reina 100,000, y el poeta Scarron 12,000 al año.

Existia desde muy antiguo la costumbre de mandar tambien á la corte de Roma preciosos regalos, y Voigt, en la *Historia de Prusia* dice que en el siglo XIV se regalaron al papa 4,000 ducados de oro; al cardenal Fargis, sobrino de éste, 100 doblones; 20 al de Albano, 447 ducados de oro y 25 doblones entre otros varios familiares, y además lo que se daba á los abogados, notarios, familiares, etc. El embajador por esta razon iba provisto siempre de regalos. Juan de Felde, cuando fué de embajador á Roma en 1391, llevó veinte y cinco tazas de plata, quince platos de lo mismo, y muchísimos anillos. El mismo Voigt refiere el regalo de doce apóstoles de oro hecho á Leon X por la orden Teutónica, cuyos apóstoles fueron vendidos después; y pone la lista de los regalos hechos, no sabe en qué año del siglo XV, por Navidad. La ponemos á continuacion por la curiosidad que ofrecen los precios:

	DUCADOS.
1.º Por una pieza de terciopelo turquí, al papa. . . . .	83
2.º Por un jarro dorado, al mismo. . . . .	64
3.º Por el forro de una capa de armiño, al mismo. . . . .	14
4.º Por trece jicaras de plata á los camareros del papa. . . . .	117
5.º Al protector de la Orden. . . . .	110
6.º Por dulces distribuidos entre los cardenales. . . . .	70
7.º Por dulces á los auditores. . . . .	31
8.º A dos abogados. . . . .	24
9.º A dos procuradores. . . . .	20
10. Al jefe de la caballeriza del papa. . . . .	3
11. A los porteros de palacio. . . . .	30
12. Por un caballo regalado. . . . .	30
13. Por una silla para el mismo. . . . .	1
14. Al protector de la Orden, al cardenal de Novara y al protonotario Hermano Dweg, un caballo á cada uno, y dos caballos al prior que introduce las personas á la presencia del papa.	

(8) Véase el *Diario de los Debates* del 2 de junio de 1842.

todos los déspotas, sufría con impaciencia el que se libertasen del círculo de su poder, acogía sus súplicas, y hasta se anticipaba á sus deseos; pero ¡ay de los que desdeñaban sus favores! Los literatos habían desempeñado un gran papel en la Liga y en la Fronda; se habían acostumbrado á dirigir sus miradas á los actos del gobierno y á censurarlos, pero Richelieu les había hecho adoptar la librea, y había introducido el sistema de la adulación. Pensó Luis XIV cerrarles después la boca con pensiones sobre su caja y plazas en la Academia. De esta manera consiguió tener panegiristas, de opositores que eran; y como lo decía Colbert, «la inteligencia prestó ligio homenaje al monarca.» Poco contento con haber reunido lo selecto de los sabios nacionales, lo buscó entre los extranjeros, y sobre todo entre los italianos. Asignó pensiones á Viviani, al malicioso historiador Siri, al arquitecto Bernini; cien escudos anuales al docto Dati; quinientos por un panegirico al milanés Octavio Ferrari; ciento cincuenta pistolas á Graziani; otro tanto á Achillini por una oda ampulosa. Torrelli de Fano fué el encargado de preparar las máquinas para el teatro. Regaló á un jesuita italiano una medalla de oro por un poema latino; á un tal Baba una cadena de oro por un poema sobre el busto del rey; al conde de San Martin, piemontés, una caja de tabaco de 1,500 libras, por un poema sobre la destruccion de la herejía; al marqués de Natta una cadena y una medalla de oro, por una tesis que le dedicó. Llamó á Francia á los Cassini, invitó al latinista Bonamici á ir á aquel país para escribir la relacion de la toma del puerto de Mahon. Encargaba á todos los que iban al otro lado de los Alpes, saludar de su parte al Magliabechi. Por lo demás no tenia dificultad en pedir en cambio de sus regalos, elogios y aplausos (9).

Por lo demás, acariciaba más bien á las gentes medianas que á los hombres superiores; no hizo trabajar á Sueur y sí á Lebrun. Encontró oposicion en los mayores talentos de la época; y en el año en que fué más liberal con las letras y las ciencias gastó 53,200 libras en pensiones á los nacionales, y 16,300 á los extranjeros; gratificaciones que sumadas á las anteriores ascienden á 100,866, lo cual no es nada para las espléndidas profusiones de Luis XIV (10). Una proteccion tan interesada no podia concederse sino á espensas de la dignidad

(9) Al enviar Colbert una pension á Gronovio, hacia que le escribiese Chapelain: «He salido garante respecto á este ministro del resentimiento que tendreis por este favor, y le he asegurado que no responderéis á lo que su majestad aguarda de vuestras vigiliass, sino que buscareis los medios de reconocer su munificencia, dando á luz todas las virtudes heroicas con que resplandece su gloria, pero sin dejaros sobrepajar en esto por ninguno de aquellos que han sido objeto de sus liberalidades, y que por sus ofensas lo desempeñan con tanta elocuencia.» *Cartas y piezas raras inéditas*, publicadas por MATTER. Paris, 1846.

(10) «El menor de los príncipes que hubiese concedido

de los que la aceptaban, y convertirse en amargura desde el momento en que se atrevian á disgustar al monarca, pues la espada de Damocles estaba suspendida sobre aquellas cabezas serviles ó pensadoras. Si Mezeray se atrevia á decir una verdad, se le retiraba la pension; si se sospechaba á Fenelon de haber querido en su Telémaco aludir á la corte, era relegado á su obispado; un despacho real hacia encerrar por años en la Bastilla á personajes de elevada categoría, sin que la sociedad ni ellos mismos supiesen el motivo. Boileau estaba pronto á lanzar la sátira contra los que no agradaban al rey. El abate Cassagne se volvió loco porque fué criticado; Racine muere de pesar porque el rey le retira su favor; el mismo intrépido Fenelon llama *desgracia* á su estrañamiento de la corte. Vivió en un siglo inclinado á prodigar las alabanzas; y las que se ven adjudicadas á efimeras producciones, las fórmulas encomiásticas, menos bajas que insignificantes, multiplicadas hasta en lo infinito, inspiran disgusto. Corneille llama á Mazarino, dedicándole la *Muerte de Pompeyo*, «hombre superior al hombre,» y le dice, que al describir á Pompeyo, á Augusto y á los Horacios, fué sin notarlo, inspirado por él. Entiéndase que Corneille era uno de los caracteres menos serviles. ¡Júzguese si á los demás no les agradaría encontrar un rey á quien satisficieran y pagaba semejantes exageraciones! No hubo, pues, autor que no se las dirigiese á montones. La poesia, la pintura, el mármol y el bronce no bastaban para celebrar sus altos hechos. La literatura no cesaba de prodigar elogios al príncipe; y cuando la victoria se muestra sin generosidad, la alabanza no tiene medida ni delicadeza.

Las grandes victorias de Rocroy, Nordlingen y Lens después de haber sido publicadas en la *Gaceta de Francia*, se eternizaron en medallas, á la usanza de Roma. Este lujo comenzó cuando la minoria de Luis XIV, en cuya época se ejercitaba el talento en emblemas y divisas, como en la de los torneos. Ya se reproducia entonces el sol, la mano con la espada, las noches estrelladas, los lirios creciendo á la sombra de un árbol y el agitado mar humillando sus olas en la costa; pero en su reinado, la numismática registró los menores sucesos en sus páginas de bronce. Este era el gusto de entonces. En la época de la guerra de Holanda, como

do ocho ó diez pensiones á escritores de diferentes naciones, estaba seguro de hacerse celebrar como un gran hombre. Estas trompetas de la fama no son caras. He tenido la curiosidad de buscar en los manuscritos de Colbert el estado de las pensiones que Luis XIV asignó á los literatos de Francia ó extranjeros. El total no asciende más que á 66,300 libras, á saber: 52,300 á los franceses, y 14,000 á los extranjeros. Todos los que fueron agraciados reconocieron sin dificultad á aquel príncipe por Luis el Grande. Leo Allacio, bibliotecario del Vaticano, rehusó noblemente la pension de 15,000 libras que se le habia concedido, porque la corte de Roma estaba entonces indispuesta con la de Francia.» DUCLOS, Mem. I, 224.

aparecia que no se podia encontrar fórmulas capaces de bastar á los panegíricos, el Olimpo y Cristo, las alegorias paganas y los pasajes de la Escritura, las sátiras de Boileau y las predicaciones de Bossuet, se reunian para ensalzar hasta las nubes al rey. El mismo papa le cumplimentó por una empresa que comenzó prostituyendo Carlos II á la señorita de Kerhual, continuó con el asesinato de los Witt, y concluyó con la matanza de todo un pueblo.

Cuando la inauguracion del monumento erigido en la plaza de las Victorias, el marqués de la Feuillade dió tres veces la vuelta á caballo en su derredor á la cabeza de su regimiento, prosternándose varias veces, como lo hacian los paganos con los emperadores, y mantuvo antorchas encendidas delante de este monumento, como en los altares. Un dia aquel rey, ya anciano, se quejaba de perder sus dientes: «¡Dios mio, señor! exclamó el cardenal de Estrees, ¿quién es el que tiene dientes?» Un predicador que acababa de decir: *Todos moriremos*, se dirigió al rey, y añadió como volviendo en sí: *Casi todos moriremos*.

La vanagloria era el defecto más grande de Luis, que la llevaba hasta la puerilidad. Sin tener voz ni conocer la música, tarareaba con frecuencia arias compuestas en su propio elogio; le gustaban las revistas, las paradas y los simulacros; se ponía lleno de gozo al oír elogiar su bella presencia, su continente majestuoso, su airoso porte á caballo, y su robustez infatigable; hablaba continuamente de sus campañas y de sus tropas, y como sabia narrar muy bien, queria estar narrando siempre. Después de la paz de Ryswick, que tantos tesoros habia costado, ordenó la famosa revista del campo de Compiègne que costó tanto como una guerra; de modo que veinte años después no se habia pagado á algunos regimientos todavía (11).

Vióse construir en aquella época el colegio Mazarino con arreglo á los planes de Le Veau. Bernini, arquitecto el más afamado de aquella época, fué llamado á París para terminar el Louvre: se le acogió con esplendidez, y se le asignaron 72,000 libras de honorarios; pero su plan fué inferior al de Claudio Perrault, que era la admiracion de todos (1666). Le-Notre diseñó los jardines de las Tullerías, y los Campos Eliseos unieron las delicias del campo á la elegancia de la ciudad. Liberal Bruaut dibujó el cuartel de Inválidos, del que Hardouin Mansart construyó la magnífica cúpula, que tiene cincuenta piés de diámetro y ciento veinte y tres de altura. Francisco Blondel erigió el arco triunfal de la puerta de San Dionisio, y Pedro Bulet el de la puerta de San Martin. La plaza Vendome se abrió en 1683; después se abandonó á la ciudad, que terminó su construccion en 1701.

(11) «Los detalles que dan á conocer la corte son una parte esencial de la historia de las monarquías.» SISMONTI, *Historia de Francia*, XXVII, 136.

El Observatorio, edificio de Claudio Perrault, fué hecho por Domingo Cassini, nombrado para dirigir los trabajos astronómicos. De este reinado son tambien el Puente Real y de Tournelle, la plaza de las Victorias, los baluartes, los malecones, las iglesias de San Roque y la Asuncion, el Val-de-Gracia, la Salpetrière y el hospicio de los Quincevingts.

París fué siempre la ciudad del pueblo (12). Luis XIV, que tuvo que huir de sus muros en la época de la Fronda, quiso disponer una capital artificial, en la que los cortesanos no se distrajesen en su admiracion con el contacto de hombres sin prestigio. Versailles, donde en efecto residió la monarquía hasta el dia en que «el pueblo reconquistó á su rey» para guillotinarle, llegó á ser bajo la direccion de Le-Veau y después bajo la de Mansart, la más magnífica permanencia real; y surgió una ciudad al rededor de aquel vasto castillo. Luis XIV hizo llevar á él, con ayuda de máquinas maravillosas para la época, el agua del Eure; pero entonces no se inquietó de si el valle por donde corre este rio quedaba árido y estéril. Hizo trabajar en los acueductos á su hermosa infantería, que fué diezmada por el aire mal sano, hasta el momento en que la guerra le obligó á emplearla en otra parte (13).

Mas no todo era vana pompa, pues que concentraba el rey en palacio todo lo que podia escitar la admiracion y acrecentar el poder del Estado. Por aquel tiempo se reunieron en París todas las grandezas y las glorias del mundo. Veíase allí á

(12) Las instrucciones de Colbert á su hijo *para desempeñar bien la primera comision de su empleo* (manuscritos de la Biblioteca Real, lado diez y seis, num. 17) da á conocer cuál era ya la importancia de París. «Siendo París la capital del reino y la morada de los reyes, es cierto que imprime movimiento á todo el resto del reino; que todos los asuntos interiores comienzan en ella, es decir, todos los edictos, declaraciones y otros grandes asuntos los principian las compañías de París y después son enviados á todas las demás del reino, concluyendo los mismos grandes asuntos en la misma ciudad, tanto, que cuando las voluntades del rey son ejecutadas en París, está cierto de que lo son en todas partes, y que todas las dificultades que produce su ejecucion se deben á las compañías de París. Esto precisa, hijo mio, saber la orden general de esta gran ciudad, sin que haya casi nunca un dia de consejo en que no sea necesario hablar de ella y dar á conocer si se sabe algo ó no.»

(13) Se han exagerado tambien las sumas gastadas por Luis XIV en Versailles y otras partes para satisfacer sus deseos. Guillaumot, arquitecto de los edificios reales, se ocupó en buscar con cuidado en los registros, y sacó de ellos datos positivos que leyó á la Sociedad de Ciencias y Letras. Resulta de éstos que los gastos para el castillo y el jardin de Versailles, las iglesias de Nuestra Señora y de Recoletos de la misma ciudad, para Trianon, Clagny, Saint-Cyr, el castillo, los jardines y la máquina de Marly, el acueducto de Maintenon, los trabajos en el rio Eure, los castillos de Choisy y Monlart, en el trascurso de veinte y siete años, desde 1664 hasta 1690, no ascendieron más